

Almudena Cid

Ilustraciones de Montse Martín



 Olympia 

UN GIRO INESPERADO

Olympia es una chica muy especial, y es que tiene un sueño por el que luchará más allá de lo imposible: Olympia quiere ser gimnasta olímpica.

Después de viaje a Rusia todo va bien para Olympia: se ha reconciliado con Clara y todo marcha con Mario. Además Carmen ya está a su lado y Ortzi llegará en unas semanas... Pero pronto las cosas darán un giro inesperado: nuevas responsabilidades, los Juegos Olímpicos... ¿Hasta dónde podrá llegar Olympia? ¿Cómo encaja Mario en todo esto?

Y además, curiosidades y consejos para mejorar la técnica de cuerda... ¡Y todos los trucos de Almudena Cid!

Ellos forman mi nuevo entorno



OLYMPIA

Es muy creativa, tan responsable y perfeccionista como cabezota y rebelde. Es una soñadora apasionada por la gimnasia rítmica que desea por encima de todo hacer algo único, algo que nunca nadie haya hecho.



LUCÍA

Es muy dicharachera, siempre sonriente y una artista de las manualidades. Se convierte en la compañera inseparable de Olympia en su llegada al equipo nacional.



ADRIÁN

Es el mejor amigo de Mario. Siempre van juntos es divertido y algo despistado.



MARIO

Gimnasta de primera, su dedicación es fruto de una tradición familiar y todo lo que ha conseguido como gimnasta ha sido gracias al trabajo diario.



CLARA

Es la mejor amiga de Cristina en el equipo nacional, y una excelente gimnasta. Siempre lleva los cascos puestos y la música a todo trapo.



Bajo la mirada de...



CARIÑO

Es el perro de Maya. Convive en el chalé con todas las gimnastas y tiene un olfato privilegiado para las chucherías y las travesuras: todo un radar canino.

MAYA

Es la seleccionadora de nacionalidad búlgara. Vive con las chicas y lleva el equipo nacional con mano firme: hace falta disciplina para llegar muy lejos.



Sin olvidarme de ellos



ORTZI DAVID CARMEN

La gimnasia ha alejado a Olympia de casa, pero aunque ya no vea a diario a sus amigos, siguen con ella.



—¿En serio que no podemos echarlo a piedra, papel o tijera? —preguntó Lucía algo indignada.

Olympia negó con la cabeza.

—¿Y a un campeonato de pares y nones?

—No.

—¿Y por qué no hacemos tres papelitos como en los controles, con un número para cada cama y listo? —insistía Lucía.

—Nada de echarlo a suertes, Ardilla. Hay que ganársela.

Estaba en juego la litera de abajo de su cuarto en el chalé, esa que las dos querían ocupar desde que llegaron a la selección. La cama llevaba libre ya demasiado tiempo. El mismo día que se fue Cristina, Clara empezó a usarla como extensión de su litera, y Lucía y Oly no le habían dicho ni mu porque antes del viaje a Rusia de la semana pasada, la relación con Clara no era muy buena que digamos. Ahora eso había cambiado.

Además, esa misma mañana había llegado Carmen desde Vitoria y como Maya la iba a probar en individual, dormiría con ellas en el cuarto del piso de arriba. Cuatro camas, cuatro chicas. ¿Quién se quedaba con la litera libre?

—¿Ganárnosla? —le preguntó Lucía, mientras se rasca la cabeza, sentada en la cama de abajo—. ¿Como en un concurso o algo así?

—Sí.

—Pues no lo entiendo.

En ese momento, oyeron un ladrido. El perro de la seleccionadora tenía ganas de jugar, y se le oía gruñir y dar carreras por el pasillo del chalé.

—¡Cariño, vale ya! —les llegaba de vez en cuando la voz de Simeón, el marido de Maya.

—¡Eso! —gritó Oly mientras se ponía de pie.

—¿«Eso» qué? —preguntó Carmen antes de dar un buen trago del vaso de agua que traía en la mano.

Volvía de la cocina: acababa de entrar por la puerta del cuarto, sudorosa y agotada después de tanto trajín. Llevaba toda la mañana colocando sus cosas en el armario y ya solo le quedaba colocar la colcha en la que sería su cama.

Olympia se volvió hacia ella:

—Será Cariño el que decida quién va a dormir en la litera libre de abajo —les dijo a sus dos amigas con una sonrisa.

Lucía abrió los ojos como platos. Mientras, Carmen tenía cara de estar pensando: «A esta la polución de Madrid le ha afectado». Como si estuviese de acuerdo con ella, Cariño volvió a ladrar en el pasillo.

—¿Que lo va a decidir el radar canino? —preguntó Lucía.

—¿Y nos lo va a decir en voz alta, o le vas a pedir que lo escriba en algún sitio? —se rio Carmen.

—Que sí, ya veréis —dijo Oly—. Lo llamamos las tres a la vez, cada una desde un sitio, y a la que él elija, se queda la litera.

Carmen miró a Lucía y se encogió de hombros: las dos se habían caído bien desde el primer momento, justo como Olympia pensaba que pasaría.

—Pues entonces tenemos un trato —asintió Olympia sin hacerle mucho caso—. ¡A por las armas!

—¿Qué armas?! —dijo Lucía, que ya se estaba imaginando que iban a tener que batirse en duelo con espada.

—Los sobornos para Cariño, está claro —le explicó su amiga mientras rebuscaba en su mochila.

En treinta segundos estaban las tres abajo, en el salón, bien separadas una de otra. Oly en una esquina, Lucía en la otra y Carmen entre las dos. Era la única que no había cogi-

do nada del cuarto. Decía que a ella en realidad le daba igual qué cama quedarse, pero se había apuntado a la competición de todos modos.

Olympia miró a las chicas:

—A la de tres —dijo—. Una...

»... dos...

»... ¡tres!

Y de golpe, Lucía y ella empezaron a gritar como si les estuviese persiguiendo un tigre de cuatro cabezas y necesitasen que el perro de Maya abriese las puertas de la muralla del castillo para salvarse.

—¡Cariñoooooooooooooooooooooo! —gritaba Lucía mientras botaba como loca la pelota de entrenamiento.

—¡Cariñoooooooooooooooooooooo! —gritaba Olympia mientras movía de lado a lado en el aire la última galleta de chocolate que le quedaba en el cajón secreto de su cuarto.

Al momento oyeron el ruido de las uñas del perro contra el suelo; venía derrapando hacia ellas, a toda máquina. Entró como un energúmeno en el salón y al verlas se frenó en seco con la cabeza ladeada. ¿De qué iba todo eso?

—¡Cariño, aquí, aquí, aquí! —llamaba Oly mientras el chocolate se le derretía en la mano.

—¡Mira la pelota, Cariño! —voceaba Lucía.

El perro miraba de una a otra como si estuviese en un partido de tenis. No lo veía nada claro. ¿Pelota o galleta? ¿Galleta o pelota?



Carmen solo dio un silbido. Ni siquiera. Fue más como un soplido bajito.

Pero funcionó.

Cariño miró un momento hacia ella y luego salió corriendo otra vez en su dirección, con la lengua fuera, tan rápido como un ave rapaz que se abalanza sobre su presa.



—Pensaba echarme este culín de agua encima para regarme y crecer unos centímetros, pero he pensado que mejor se lo doy a él —decía Carmen, que se había puesto en cuclillas y sujetaba el vaso de agua inclinado en el suelo—. Es la ventaja de tener perro. Cariño lleva dos horas jugando con Simeón, tiene que tener sed por narices.

Y eso había hecho Carmen: darles en las narices. Su ingenio la había convertido en la ganadora de la cama de abajo. Lucía la miraba alucinada. Olympia resopló.

—Eres un traidor, Cariño —se quejó justo antes de darle un buen mordisco a la galleta de chocolate.





Desde que llegó al chalé de Canillejas hacía ocho meses, Olympia tenía clara una cosa: si algún día se encontraba por sorpresa una botella con un genio dentro, y el genio le dejaba pedir tres deseos, le pediría que le trajera a Madrid lo que más echaba en falta de Vitoria:

1. Su familia
2. Sus amigos, sobre todo a David, Marta, Ortzi y las chicas del IVEF
3. Y las patatas alavesas

Con la llegada de Carmen, ya tenía un poquito ganado.

—Dilo ya, Oly —le decía su amiga—, tengo un murciélago en la cabeza, es eso, ¿a que sí?

Lucía se empezó a reír. Estaba ayudando a Carmen a poner en la litera de abajo la colcha nueva que le había he-

cho su abuela para que no pasara frío. Claro, que la temperatura de Madrid no tenía nada que ver con la de Vitoria.

—Oly, deja de mirar a Carmen con esa cara.





Es verdad, ¡todavía no se creía que estuviese allí con ella! Y no dejaba de mirarla. Tenían que hablar de tantas cosas... De cómo entrar las tres en la particular tienda de campaña que se montaban por la noche con el paraguas; de en qué orden iban a ducharse; de si Carmen se sentaría en el comedor en el sitio de Cristina; de si podrían coger la taquilla de al lado en el gimnasio. Querían estar las tres juntas en todo momento. Como tenían poco tiempo libre, querían exprimirlo al máximo juntas.

Estaban hablando de si Carmen podría sentarse al lado de ellas dos en clase, cuando sonó el teléfono abajo.

—¡Olympiaaaaaaa! ¡Es para ti! —gritó una compañera.

—¡Va a ser Mario! —dijo corriendo Lucía, con una sonrisa.

Oly le había contado las aventuras en Rusia: cuando se perdieron cerca de la Plaza Roja, cuando se le desbordó la bañera, la excursión a las instalaciones antiguas con Marina Fateeva, la cena con caviar... y también la charla que tuvo en la ventana con Mario. De ese viaje, aparte del ejercicio en la competición, esa charla era lo que más recordaba.

Bajó las escaleras pensando en qué iba a decirle, cómo empezar. Hablar con Mario la ponía nerviosa.

—¿Sí?

—Ni que el chalé tuviera veinte plantas, hija...

—¡Ama!

—¿Qué tal estás? ¿Ya te has recuperado de la competición? Estarás contenta, ¿no?

—Eh, sí, claro. Tengo cargados los gemelos y me duele un poco la espalda... pero espero que mañana puedan soltármela.

—¿Soltarla? ¿De dónde? ¿De dónde van a soltarte?

—Ama, un masaje, me refiero a un masaje.

—No estás de muchas palabras, ¿eh?

Es verdad, a los diez segundos ya había colgado. Olympia se quedó pensando que no había mostrado mucho entusiasmo con la llamada de su madre, pero es que no la esperaba a ella al otro lado del teléfono. «Mejor vuelvo a llamarla», se dijo.

Estaba buscando unas monedas en el bolsillo, cuando sonó el teléfono. Riiaiiiiing. Descolgó corriendo.

—¡Ama! ¡Iba a llamarte!

—¿A quién amas tú?

Olympia se quedó de piedra. ¡Esa voz no era la de su madre!

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó echa un lío.

—¡Oly! Soy Mario.

—Ay, madre...

—Que no soy tu madre.

—No, no, no. Que pensé que era mi ama.

—¿Tu ama de qué, de llaves?

—Nooooooooo —«Tierra trágame»—. Ama es «madre» en euskera. Justo iba a llamarla ahora.

—Entonces ¿te llamo en otro momento?

—¡No!

Cómo iba a decirle que iba a llamarla precisamente porque acababan de hablar y no le había hecho ni caso por-

que al principio había creído que sería él. Estaba hecha un flan, y acabó sentándose en el suelo bajo la cabina. No podía creer que Mario la hubiese llamado. Ni siquiera había esperado a encontrársela en los pasillos del Moscardó.

—Oly, te llamaba porque estaba dándole vueltas a una cosa.

«Como me pregunte si me gusta... Que no me lo pregunte, que no me lo pregunte», pensaba Oly.

—Y creo que me debes una respuesta... —seguía Mario.

«¡Un desfibrilador ya!».

—¡Dilo de una vez! —le metió prisa Oly, que llevaba fatal tanta intriga.

—El día aquel que nos vimos en el metro... ¿Qué hacías allí, medio escondida? En Moscú no me contestaste.

Olympia por fin soltó el aire. «¿Eso era?».

—Ya te lo dije: buscábamos nuevas músicas para nuestros ejercicios y el metro es muy inspirador. ¡Hay mucho talento ahí abajo! Y además...

Mario empezó a reírse al otro lado del teléfono.

—¿Y si te digo que no te creo? —la interrumpió.